

*Efectos producidos en Roma por esta derrota. – Pérdida de cuatro mil caballos que mandaba Centenio. – Tránsito de Aníbal por la Umbría y el Piceno hasta la costa del Adriático.*

Recibida en Roma la nueva de esta derrota, los magistrados no pudieron suavizar ni aminorar el hecho, por ser un infortunio de tanto bulto; y así, convocado a junta el pueblo, se vieron en la necesidad de declararle la verdad del caso. Luego que el pretor dijo desde la tribuna a los circunstantes: *hemos sido vencidos en una gran batalla*, la consternación fue tal, que los que se habían hallado en una y otra parte creyeron haber hecho entonces más estrago estas palabras que la batalla misma. Y con razón, pues no estando acostumbrados de tiempo inmemorial a escuchar palabra o acción que confesase su vencimiento, sentían ahora la pérdida sin medida y sin consuelo. Sólo el Senado permaneció invariable en el ejercicio de sus funciones, providenciando en cuanto qué y cómo cada uno había de actuar en adelante.

Durante el transcurso de la acción (año -218), el cónsul Cneo Servilio, que guardaba los alrededores de Rímíni, esto es, la costa del golfo Adriático en donde se unen las llanuras de la Galia con lo restante de Italia, no lejos de las desembocaduras del Po en el mar; Servilio, digo, enterado de que Aníbal había penetrado en Etruria y se hallaba acampado frente a Flaminio, había decidido unirse al cónsul con sus legiones. Pero imposibilitado por la pesadez del ejército, destacó delante con diligencia a Cayo Centenio con cuatro mil caballos, para que en caso de necesidad socorriese a Flaminio antes de que él llegase. Apenas después de la batalla tuvo Aníbal el aviso de este socorro, envió al encuentro a Maharbal con los lanceros y un trozo de caballería. No bien éstos habían venido a las manos, cuando al primer choque perdió Centenio casi la mitad de la gente. El resto fue perseguido hasta una colina, y el día siguiente fue hecho prisionero. Tres días hacía que había llegado a Roma la nueva de la batalla, y como que entonces fermentaba con mayor fuerza por la ciudad la sensación de este infortunio, cuando sobrevino este otro descalabro abatió no sólo al pueblo sino al Senado mismo. Cesó el despacho de los negocios anuales, se omitió la elección de los magistrados, se deliberó sobre el estado presente y se creyó que la actualidad de los negocios y urgencia de las circunstancias exigían un magistrado con autoridad absoluta.

Aníbal, aunque seguro ya de una victoria tan completa, no juzgó a propósito aproximarse a Roma por lo pronto. Contentóse, sí, con batir la campaña y talarla impunemente, dirigiéndose hacia el Adriático. Atravesó la Umbría y el Piceno y llegó al décimo día a la costa del golfo. Hizo en este tránsito un botín tan cuantioso, que ni llevar ni conducir podía el soldado que lo había saqueado, y pasó a cuchillo una multitud de hombres prodigiosa. Había ordenado matar a todos los que se encontrasen en edad de llevar las armas, a la manera que se ejecuta en la toma de las ciudades. Tan antiguo e implacable era el odio que sentía contra los romanos.

Acampado el cartaginés junto al mar Adriático, en una provincia fértil en todo género de producciones, puso toda la atención en el recobro y convalecencia, no menos de las tropas que de los caballos. Pues como habían pasado un invierno a la inclemencia de la Galia cisalpina, el frío, la inmundicia, el paso de las lagunas y las miserias habían engendrado igualmente en hombres que en caballos una especie de sarna y de laceria. Por tanto, dueño de un país abundante, engordó sus caballos, restauró las fuerzas y espíritu de sus tropas, y dueño de innumerables armas con tantos despojos armó a los africanos a la moda romana. Ahí fue donde envió por mar noticia a Cartago de lo hasta allí sucedido. Pues hasta entonces no se había acercado al mar desde que había entrado en Italia. Con estas nuevas se alegraron infinito los cartagineses, y pusieron gran empeño y diligencia en promover de todos modos los asuntos de Italia y de España.